

Discurso ante el Senado de España

de la Presidenta del Parlamento Europeo, Roberta Metsola

Madrid, 3 de febrero de 2026

Versión contrastada con la pronunciada

Presidente del Senado, querido Pedro,

Señorías,

Ciudadanos europeos:

Muchas gracias por su invitación. Es un placer estar de nuevo en España. Aquí siempre me siento como en casa.

Cuarenta años son toda una vida compartida. Pero no he venido hoy a hablar con nostalgia del pasado, sino a reflexionar juntos sobre la mejor manera de afrontar el futuro.

Mi mensaje hoy es claro: juntos somos Europa. Y estamos orgullosos de estar juntos, de vivir juntos y de compartir un proyecto común. Juntos somos fuertes. Juntos somos una superpotencia económica y una superpotencia de valores en el mundo.

Necesitamos a Europa. La necesitan nuestras familias y la necesitan nuestras industrias.

Nuestro modo de vida europeo debe seguir siendo la brújula que nos oriente en este mundo convulso en el que vivimos.

Y con esa esperanza auténtica y con esa confianza en nuestra gente, mi mensaje sigue siendo válido: somos Europa. Y cuando estamos juntos, somos imbatibles.

Ahora me detendré en español. Continuaré en inglés.

Es para mí un honor estar hoy aquí, con ustedes, en este ilustre escenario de la historia. He querido estar presente en nombre del Parlamento Europeo para compartir la celebración del éxito europeo de España, pero también para analizar con honestidad dónde se encuentra Europa, hacia dónde se dirige y cómo podemos demostrar a una nueva generación —más escéptica sobre nuestro lugar en el mundo— que Europa sigue teniendo la confianza, la capacidad y la voluntad necesarias para forjar su propio futuro.

Porque la cuestión clave para Europa hoy no es en qué creemos. Conocemos nuestros valores. La verdadera pregunta es si estamos dispuestos a actuar conforme a ellos, con rapidez y valentía, y si somos capaces de reconocer este momento por lo que realmente es: no solo una prueba, sino una auténtica oportunidad para que Europa crezca, se fortalezca y dé forma a lo que está por venir.

Permítanme, en primer lugar, dedicar unas palabras al trágico accidente ferroviario ocurrido cerca de Córdoba hace apenas unas semanas. Nuestros pensamientos siguen acompañando a quienes perdieron la vida, a los heridos y a las familias y comunidades que aún viven conmovidas por lo sucedido. Me conmovieron profundamente las historias que surgieron entonces, como la de la niña de seis años que había viajado con su familia a Madrid para

celebrar los Reyes y que fue la única superviviente del accidente. Esa historia me acompaña entonces y me acompaña todavía hoy.

Pocos días después, en Estrasburgo, junto a Su Majestad el Rey Felipe, guardamos un minuto de silencio en el Parlamento Europeo. Fue una manera de mostrar nuestra solidaridad con España y de dejar claro que toda Europa está con España tanto en los momentos de dolor como en los de orgullo.

Esta misma mañana he conversado con jóvenes de Madrid. Fue un diálogo muy franco y abierto, un verdadero intercambio, sobre Europa, sobre el empleo, sobre la seguridad y sobre el tipo de futuro que imaginan. Y lo que más me marcó de ese encuentro con unos 400 jóvenes no fue el cinismo, sino todo lo contrario: una clara expectativa de que Europa dé un paso al frente, asuma responsabilidades y cumpla, del mismo modo que generaciones anteriores miraron a Europa para construir su futuro.

Cuando España eligió Europa en 1986, lo hizo en un momento decisivo para su democracia. Aquella elección estuvo cargada de esperanza y de confianza. Europa se convirtió en algo tangible, en parte de la vida cotidiana de todos, influyendo en cómo se trabajaba, cómo se estudiaba, cómo se viajaba, cómo se creaban empresas y cómo se pensaba el futuro. Quiero que España siga eligiendo Europa.

La economía española ha más que duplicado su tamaño y se han abierto oportunidades que habrían sido difíciles de imaginar cuando España ingresó en la Unión Europea. Cuando el terrorismo de ETA intentó durante años doblegarnos mediante el miedo, o cuando los atentados de Al Qaeda atacaron nuestro modo de vida y nuestra libertad, lo hicieron contra todos nosotros. Europa estuvo con España entonces, como lo está ahora.

Esta no ha sido una relación de un solo sentido: Europa ha moldeado a España, pero España también ha moldeado a Europa, de manera fundamental. A lo largo de estos cuarenta años, han contribuido a construir una Unión más ambiciosa, más segura de sí misma y más comprometida, más cercana a la ciudadanía. Y ese vínculo se refuerza cada día gracias a los diputados españoles en el Parlamento Europeo. Ellos llevan a España al corazón de los debates europeos, lideran muchas de las leyes que aprobamos y se aseguran de que Europa cumpla de forma visible y tangible para la gente. España tiene mucho de qué sentirse orgullosa por sus representantes.

Pero el mundo que nos rodea ha cambiado. Profundamente. Vivimos en un nuevo escenario marcado por la guerra en nuestro continente, la inestabilidad en nuestra vecindad, una competencia global creciente, desastres naturales cada vez más frecuentes y un cambio tecnológico acelerado. Y cuando hablamos con la gente, lo percibimos claramente: lo sienten en su vida diaria, en el coste de la vida, en los precios de la energía, en el acceso a la vivienda, en los servicios asequibles. Existen preocupaciones sobre la seguridad y una incertidumbre que condiciona las decisiones cotidianas.

Fue en este contexto cuando Su Majestad el Rey Felipe se dirigió al Parlamento Europeo y afirmó:

«Nunca como en estos tiempos oscuros ha sido tan necesaria la idea de Europa».

Con esas palabras, Su Majestad captó la realidad a la que Europa se enfrenta hoy y la urgencia del momento en que vivimos. Nos recordó que no es tiempo de vacilaciones ni de complacencia, sino de responsabilidad. Lo dijo con claridad.

En este nuevo mundo, hay algo evidente: Europa no puede quedarse inmóvil. Europa debe dar un paso al frente. Groenlandia nos lo demostró.

Y eso es exactamente lo que hemos hecho. Hemos permanecido unidos en nuestro apoyo a Ucrania y seguiremos haciéndolo. Hemos reforzado nuestra cooperación en materia de defensa como nunca antes. Hemos abierto nuevas oportunidades comerciales. Y hemos empezado a eliminar los obstáculos que frenaban a las personas y a las empresas.

Pero la realidad es que aún no es suficiente. El ritmo del cambio que nos rodea es más rápido que el de nuestras decisiones. Y si Europa quiere dar forma a su propio futuro, debe estar preparada. Preparada para pensar a lo grande, para actuar con mayor rapidez y para aceptar que el progreso suele comenzar con quienes están dispuestos a avanzar juntos.

Ese es el pragmatismo realista —así lo llamaría— que debe guiarnos.

En los países del Benelux, en la región báltica y aquí en la península ibérica, los Estados miembros están estrechando su cooperación en todos los ámbitos, desde la energía hasta la defensa y el transporte.

Desde el Mercado Único y Schengen hasta el euro y las sucesivas ampliaciones, Europa siempre ha avanzado porque algunos decidieron liderar y otros se sumaron cuando estuvieron preparados. Así es como progresó Europa. Así es como crecemos: abrazando el arte de lo posible, no temiendo el cambio.

Este es uno de esos momentos, una vez más. Y lo estamos viviendo hoy.

La ciudadanía lo entiende. Quiere una Europa que proteja a las personas, que simplifique la vida, que genere oportunidades, que respalde empleos de calidad y que esté al lado de la gente cuando llegan las crisis. Una Europa que gestione la migración de forma justa, pero firme. Votaron por una Europa que escuche y por una Europa que actúe. Y para actuar, Europa debe moverse.

Responder a esa expectativa no es sencillo. Exige, ante todo, tener siempre presente la visión de conjunto y estar dispuestos a invertir en las decisiones que darán forma al futuro de Europa. Significa completar por fin el Mercado Único, eliminando las barreras que aún fragmentan nuestra economía y frenan el crecimiento, la inversión y la competencia. Esto es especialmente importante en sectores estratégicos como las telecomunicaciones, donde la escala, la inversión transfronteriza y una competencia real son esenciales si Europa quiere competir a nivel global. Significa tomarnos en serio la banca, los mercados de capitales y una verdadera Unión del Ahorro y la Inversión, para que el ahorro europeo impulse la innovación europea y nuestras empresas puedan crecer y escalar aquí, en Europa. Iniciativas como el Régimen 28 o una bolsa europea deben convertirse en realidad.

Significa construir una auténtica Unión de la Energía, conectando mejor nuestras redes, reforzando la seguridad del suministro y reduciendo los precios para las familias y las empresas.

Significa aplicar plenamente el Pacto Europeo sobre Migración, cerrando lagunas y abordando conjuntamente la migración irregular, con soluciones comunes arraigadas en nuestros valores,

de forma justa y firme, respondiendo a una de las principales preocupaciones de la ciudadanía y a un desafío que afecta a todos los Estados miembros.

También significa reforzar el papel de Europa en el comercio global, consolidando asociaciones con países y regiones como Canadá, México, Mercosur, el Golfo o la India, y explorando nuevas oportunidades en nuestra alianza con Estados Unidos. La relación transatlántica sigue siendo la asociación económica más importante del mundo. Tiene sentido económico y estratégico. Durante décadas ha garantizado paz y prosperidad. Pero solo puede avanzar en un espíritu de respeto mutuo y entendimiento. Cuando somos puestos a prueba, debemos decirlo con la claridad moral y la determinación que siempre nos han definido.

La visión de conjunto también implica adoptar un enfoque constructivo y seguro en nuestra relación con el Reino Unido. Diez años después del Brexit —sí, han pasado diez años— y en un mundo que ha cambiado tan profundamente, Europa y el Reino Unido necesitan una nueva forma de cooperar en comercio, aduanas, investigación, movilidad y seguridad y defensa. Se trata de mirar hacia adelante y de hacer lo que hoy tiene sentido para Europa y para el Reino Unido. Es el momento de dejar atrás los fantasmas del pasado, reiniciar nuestra relación y encontrar soluciones juntos. Ese es el pragmatismo realista, anclado en valores, que nos permitirá avanzar unidos.

Significa también dar los siguientes pasos hacia una defensa europea más fuerte, reforzando nuestras capacidades y nuestra cooperación, y trabajando estrechamente con nuestros aliados de la OTAN para proteger mejor a nuestra ciudadanía. No podemos ignorar la realidad de los tiempos ni la necesidad existencial de actuar con decisión. Porque este es el momento de Europa.

La seguridad también pasa por tomarnos en serio la ampliación. Muchos países de los Balcanes Occidentales están preparados para avanzar y Europa también debe estarlo. La ampliación no es caridad: es una de nuestras herramientas geopolíticas más poderosas. No existe una garantía más sólida y duradera de paz en nuestro continente que la integración plena de países que comparten nuestros valores en la Unión Europea.

Ser claros sobre nuestra posición también implica actuar cuando las circunstancias lo exigen. Pensemos en Irán. El Parlamento Europeo ha impulsado la inclusión del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica en la lista de organizaciones terroristas. Esta decisión se adoptó finalmente por unanimidad la semana pasada y quiero agradecer también a España su papel en este proceso. Me siento orgullosa de que hayamos liderado ese paso. Porque Europa estuvo a la altura, actuó unida y, como resultado, debilitó la capacidad del régimen iraní para actuar con impunidad, cortando sus fuentes de financiación y dejando claro que no existe refugio seguro en Europa para los responsables de crímenes atroces.

Cuando Europa actúa unida —lo vimos con Groenlandia hace tres semanas, lo vimos con Irán la semana pasada—, somos extraordinariamente eficaces.

Sabemos que Europa solo funciona cuando la gente se siente parte de ella, cuando se reconoce en el proyecto, cuando percibe que las decisiones se toman porque así lo quiso la ciudadanía, porque nos lo pidió, y cuando ve resultados reales en su vida cotidiana. Cuando ese vínculo se debilita, la gente se aleja. Y, sinceramente, Europa no puede permitirse eso. Por eso el Parlamento Europeo es un vínculo esencial, también para ustedes y para los ciudadanos a los que representan, a través de las decisiones que adoptamos.

Esta es, en esencia, la tarea que tenemos por delante: estar a la altura de este momento; convertir nuestros valores en acción; adaptarnos a este nuevo mundo sin perder aquello que hace que Europa merezca ser defendida. Y hacerlo juntos.

Termino como empecé: somos Europa. Y cuando estamos juntos, somos imbatibles.

¡Viva España!

¡Viva Europa!